REPERTORIO AMERICANO

Editor: J. GARCIA-MONGE

TOMO 4 | San José de Costa Rica, Lunes 21 de Agosto de 1922 | No. 23

La verdad sobre el Paraguay

Por el Dr. MANUEL DOMINGUEZ

El Paraguay. Datos curiosos sobre algunos de sus fenómenos sociales. Afecciones orgánicas congénitas. El país más sano del mundo. Promedio de la mortalidad y de la criminalidad. Verdadero fenómeno social. Explicación de esos fenómenos por causas físicas. La bondad de la raza. Ensayo de una explicación estética. Armonía entre la naturaleza y el alma. La bravura y la firmeza de la raza explicadas por el espíritu inmortal de la conquista, Le Bon y el alma ancestral. La Nación Argentina.

Mi primera palabra es de gratitud al doctor Zeballos por sus conceptos benévolos alusivos a mi país y a mi modesta persona, conceptos emitidos con gentileza y elegancia. Los elogios de un gigante halagan la vanidad de un pigmeo, y declaro que siempre tendré por gloria de mi vida el haber subido a esta tribuna ilustrada por tantas eminencias argentinas y extranjeras.

Y tratando de contribuir a uno de los fines del *Instituto* [1]—la cordialidad internacional—me propongo resumir algunos datos poco conocidos, referentes al Paraguay, mi patria. Conocernos es comprendernos, y de comprendernos a amarnos hay un paso...

Se dice y repite que el Paraguay es un país pequeño, hablando geográficamente. Y todo depende de la unidad de medida. No es pequeño un país que es casi tan grande como la Francia continental y donde no hay una pulgada de tierra que no sea prodigiosamente fértil. Cuenta con un millón de habitantes, pudiendo contener su territorio 80 millones.

Pero dejando generalidades, voy, rectilíneo, a los datos concretos que quiero hacer valer. Son cifras de la Estadística Comparada. Las siguientes:

Hay en Alemania 146 idiotas por cada cien mil habitantes, en Inglaterra 129, en los Estados Unidos 153: en el Paraguay ese porcentaje apenas alcanza a 9! Es caso único. Ningún otro país ofrece cifra tan mínima.

Y lo propio sucede con otras afecciones orgánicas congénitas. Así en España hay 148 ciegos por cada cien mil: en el Paraguay, 44. El porcentaje de sordo-mudos en Suiza sube a 245: en el Paraguay no excede de 39.

Otro dato es relativo a la tragedia ineluctable. El promedio anual de defunciones por cada mil habitantes es 22 (y una fracción), en casi todos los países: en el Paraguay ese promedio oscila entre 15 y 16. La probabilidad de la vida resulta allí mayor que en otras partes y así las cifras vienen a confirmar el aserto categórico de Azara: EL PARAGUAY ES EL PAÍS MÁS SANO DEL MUNDO.

Y abreviando otros datos, voy a otras cifras interesantes. En España había 48,000 penados por cada millón de habitantes, en 1885, y en Francia, por el tiempo en que empezaba nuestra guerra, 13,000: EN EL PARAGUAY APENAS 67 EN EL CASI MILLÓN DE HABITANTES CON QUE CONTABA. Es cosa jamás leída en Tratados de Estadística, pero se tenía ya su impresión general. Demersay, asombrado, había dicho antes que en el Paraguay los crímenes eran casi desconocidos. La misma impresión se lee en Bonpland dirigiéndose a Humbold. Bermejo y Amerdan repitieron lo propio. Wisner computó cifras constantes en papeles oficiales y llegó a la suma apuntada, 67, y cincuenta años después de Demersay, el coronel Centurión decía, suspirando, que EL PARAGUAY ERA EL PUEBLO MÁS VIRTUOSO DEL MUNDO. Y ahora mismo apenas si tenemos 600 detenidos, casi todos por causas correccionales. En relación, el Paraguay es el país donde hay mayor número de hombres de bien. La bondad del pueblo se trasparenta también en el trato que daba a los esclavos, otro asombro de Azara, Rengger, Demersay, y en su hospitalidad gentil, sin igual en el mundo, según todos los testimonios, EL PARAGUAY ERA EL ÚNICO PAÍS QUE CONCEDÍA PENSIONES A LOS EMIGRADOS POLÍTICOS QUE PERSEGUIDOS EN SU PATRIA, SE REFUGIABAN EN ÉL.

Y los fenómenos sociales indicados, escasez de afecciones orgánicas congénitas, promedio favorable de la vida, han de tener sus causas y creo encontrarlas en condiciones geográficas, meteorológicas, telúricas. El buen sentido está diciendo que fenómenos sociales tan extraordinarios han de estar en alguna relación con fenómenos físicos también extraordinarios, entre los cuales cuento los que indico sin tardanza.

La altura del Paraguay sobre el nivel del mar varía de 80 a 500 metros, una de las más adecuadas para el desarrollo integral de la economía fisiológica y psíquica. Cuerpo y espíritu ganan en fuerza, a esa altura. (*Antropogeografía* de Ratzel). Generalmente, pasan inarvertidas estas cosas.

Estudios modernos, además, dan en concluir que acaso en ninguna otra región haya tanto hierro, manganeso y arsénico, esparcidos en el suelo y disueltos en el agua como en el Paraguay, y esos minerales, asimilados con los alimentos, incluso el agua, mantienen el *equilibrio celular* que dice un científico francés, defendiendo el organismo contra enfermedades y fatigas.

Y el doctor Bertoni, que estudia nuestra raza y nuestra medio desde hace veinticinco años, duda que haya otro país donde la atmósfera sea tan pura y tan trasparente, como en el Paraguay, y se sospecha entonces que el fuego de nuestro sol, aparte de su poder bactericida y terapéutico, ha de ejercer su acción actínica con más eficacia que en otras partes, sobre el torrente de la sangre y, probablemente, sobre el torrente de las ideas. Es seguramente otra de las causas del natural despejo de todo paraguayo. Luz es vida y también función cerebral, inteligencia. Si el carbón de piedra retiene y atesora fuerza solar en sus moléculas inertes ¿por qué el cerebro, espejo vivo y mágico del mundo, no ha de llevar también sol acumulado entre sus células, luz de ideas, el sol más o menos radiante de la patria?

¿Y las lluvias? En la Asunción 1,500 milímetros por año, cifra que va creciendo hasta exceder de 2,000 en el Alto Paraná. Nunca he podido sacarme de la cabeza la intrépida afirmación de Novicoch: si el pluviómetro no marcara 1,800 milímetros en Inglaterra, otra sería la historia de la Gran Bretaña! En el Paraguay, además, el

---

[1] El *Instituto Popular* de Buenos Aires, en donde se dió esta sobria y elegante conferencia. El Dr. Domínguez es un admirable escritor paraguayo.

drosómetro enseña que por cada metro cuadrado caen, por año, 200 y 240 litros de rocío, equivalentes al 10% de las lluvias — otro caso extraño, único, en el mundo.

Y caso también extraño y único es que el 90 al 95 % de las lluvias va acompañado de descargas eléctricas. Es el país donde más truena y relampaguea y ello hizo decir que el Paraguay es la nación más electrizada de la tierra, sin calcularse tal vez el inmenso efecto de ese maravilloso agente de la naturaleza. ¿Quién no sabe desde las experiencias de Hedsman que la electricidad desarrolla la arquitectura orgánica, el esqueleto, armazón de la fuerza y de la belleza? Las corrientes eléctricas ¿no son medios curativos? En el Paraguay, aparte de lo expuesto, no hay temblores de tierra, ciclones ni huracanes. El pampero llega allí, dice el doctor Bertoni, en forma de brisa suave.

Pero los fenómenos físicos indicados no dicen o dicen relación muy lejana con la bondad de la raza o sea con la ausencia casi completa de criminales. Es difícil consentir que la moral humana depende directamente del hierro o del relámpago. Algún sociólogo nos diría que en el Paraguay hay pocos criminales porque la población es poco densa, otro que la causa ha de consistir en la difusión de la enseñanza primaria en un país donde no había analfabetos antes de la guerra o en el factor económico, allí donde la lucha por la vida es tan fácil, y tal vez todos tengan un poco de razón. Es verdad que, en un país tan fértil, la curva de la criminalidad ha de ser necesariamenta muy pequeña, pero la diferencia entre 67 y 13,000 es tan grande, caso tan singular en el mundo, quizá desde que existen agregados humanos, que, sin negar la causas señaladas, cabe completarlas con otra que enuncio en seguida. La índole suave de la raza o la bondad congénita de mi pueblo pide una explicación en cierto modo estética. Tomando mis precauciones haré todo lo posible por dejarme entender y por abriros las fugaces perspectivas en que se empeña mi propósito.

Comprimiendo ideas de Rambosson, Max Müller, Renan, esparcidas en diferentes libros, cabe sostener que ciertos instintos y el rumbo de ciertos pensamientos, dicen relación con el ambiente y hasta con el aspecto general de cada zona geográfica. Si el ambiente contribuye a la belleza física, cosa indudable, ¿por qué no ha de contribuir a la belleza moral?

¡Hay una armonía secreta entre la naturaleza y el alma! El espíritu se tiñe, en cierto modo, con el color del paisaje, risueño, sombrío o melancólico. Sería difícil negar que un cielo siempre luminoso suscita percepciones también luminosas, predisponiendo tal vez a la bondad con dar el sentimiento alegre de la vida. Dependemos de los lugares por el espíritu, el humor y las pasiones, ya decía La Bruyere, y el gran historiador de la literatura inglesa insinúa que hay regiones privilegiadas donde está como fuera de lugar el instinto feroz y sanguinario.

Y una de esas regiones privilegiadas es el Paraguay. Sitios hay allí que parecen hechos para realizar los sueños de la mayor felicidad posible. Con la red incalculable de sus ríos y arroyos cristalinos, es seguramente el país mejor regado del Universo y, en consecuencia, el 70% de su superficie oriental está revestido de bosques. ¡Los bosques del Paraguay! Aparte de su valor comercial incalculable y de sus plantas providenciales que algún día serán el asombro de la botánica médica, en ellos y en el azul infinito de su cielo, descansan retina y fantasía. Las pasiones humanas—ambiciones desenfrenadas, odios y rencores taciturnos, se acentúan en aquel Edén. El espíritu agitado, a la larga, por ley de adaptación estética, acaba por ajustarse con la placidez de la selva, «pensativa en su silencio, soberana en su recogimiento». Diría—y dije—que la ira humana se adormece entre selvas y colinas esbeltas que en sus aves y sus vientos parecen tener voces religiosas. Figuraos aquella impresión estética, placidez trasmitida y conservada por herencia, durante siglos, y tendréis quizá una de las causas determinantes de la índole suave de la raza.

Castelar habló de las *pintadas selvas de Paraguay*, sin haberlas visto, por supuesto. Hay que verlas, descansar en ellas, para sentir su atracción hechicera y graduar su acción como sedante de las pasiones humanas. Artigas, por ironía contra su pasado tempestuoso, se hizo filántropo en el Paraguay, en las serranías eternamente verdes donde vivía. (Falta un libro que se intitule: *El color verde y el azul en su relación con la salud y la placidez del espíritu)*.

Otro caso típico que recordé en cierta ocasión a los orientales, es el de Bonpland. Se identificó de tal suerte con el ambiente de las Misiones, que ya no quiso alejarse de él ni cuando Humbold y su patria le llamaron. El gran botánico había caído en las redes de la selva encantada. El doctor Francia, misántropo de dudoso gusto, tuvo que echarle por la fuerza. En fin, no creo exagerar nada con decir que las selvas melódicas de mi patria, con su poder estético indefinible, contribuyen a la bondad de su raza porque envuelven y se apoderan del hombre con caricias amantes de mujer!

Pero si bien el medio explica muchas cosas, sin embargo no explica todas. Por ejemplo, en nuestro caso, bondad no excluye bravura y firmeza inquebrantable, y quiero encontrar la causa de esta firmeza y esa bravura en elementos étnicos, la causa interna, otro tema que en seguida dilucido.

Dos corrientes humanas se encontraron y cruzaron en el Paraguay—la guaraní y la europea.

De la primera me limito a decir con el doctor Bertoni, que ha contribuido para la humanidad con plantas medicinales y de cultivo más que otras razas de Europa. ¿De dónde vino el guaraní, inteligente, observador? No se sabe. Acaso algún Continente sumergido oculte el misterio. Cada raza es como la *Noctiluca Maliaria*, que tampoco sabe de dónde viene, ni a dónde va ni por qué brilla un instante fugitivo en el Océano.

Cuanto a la corriente europea, se sabe que con Mendoza y en las expediciones posteriores, vinieron al Paraguay, sajones de la Alta y Baja Alemania, flamencos, ingleses, portugueses, genoveses y españoles de los cuatro ámbitos de la Península, desde el andaluz hasta el cántabro bravío. Y es de notarse que el Paraguay, al revés de casi todas las otras provincias, no fué poblado por galeotos. Allí se dió cita la más alta nobleza, atraída por el fascinante nombre del Río de la Plata en una época en que la nobleza representaba la mayor potencia física y mental. ¡Flor de raza!

Para dar la sensación de su naturaleza férrea, excepcional, conviene fijarse en lo que hizo cualquiera de ellos: sea Nuflo de Chaves.

Sustanciando trabajos anteriores y empeñado en no fatigaros, presento velozmente, de un solo rasgo, sus hazañas principales.

Natural de Trujillo, hermano de un confesor de Felipe II, viene con Alvar Núñez, explora Curitiba y cala el

territorio hasta llegar a la Asunción.

Pero su destino no era descansar y en seguida va remontando el Río hasta el Puerto de los Reyes. Repite el anterior viaje, explora el N. O., se incluye en el Pilcomayo que abre paso a sus canoas hasta cerca de Potosí, retrocede y ya se interna por San Fernando, camino del Perú. Desde el Guapay va a Lima, con cuatro hombres y de allá emprende el viaje de retorno. ¡De Lima a la Asunción, por tierra!—dice René Moreno.—Se casa con Elvira de Mendoza, de la poderosa familia de los Manríquez de Lara, persigue sin cesar a Abreu hasta vengar en él la muerte de su suegro, se interna de nuevo en el Chaco corriendo 200 leguas desde San Fernando, vuelve y, centella de la conquista, cae al Este, sobre la provincia del Guairá, la somete, la empadrona, vence a los Portugueses y, sobre la marcha, funda con otros la Ciudad Real, cerca de la estupenda catarata!

Pero su destino no era descansar... y ya está cortando de nuevo el Río Paraguay con 23 barquichuelos; oye el cuento de *Eldorado* y persiguiendo esta pompa irisada, fantasma que siempre le llamaba y huía siempre, llega por segunda vez al Guapay. Funda allí la *Nueva Asunción* en recuerdo de la capital de la conquista, a donde volaban las saudades del héroe, ¡y otra vez a Lima! Vuelve, con el título de Teniente de Gobernador, funda Santa Cruz de la Sierra y no tarda en estar en la Asunción. Enloquece con sus relatos al vecindario y con media población retorna a su Provincia; funda, de paso, una reducción, vence a los Chiriguanás en veinte encuentros... y una siesta empezaba a reposar en una hamaca, pero su destino no era descansar hasta la muerte, porque un cacique alevoso le descarga un terrible golpe que hace saltar su cráneo a pedazos.

¡Así acabó Chaves! Sin contar la travesía del Océano, en diez y seis expediciones, aquella flecha humana había corrido **5,600** LEGUAS. No hay exploradores modernos del Africa Tenebrosa, Stanleys ni Livingtons, capaces de repetir aquel esfuerzo sobrehumano... ni el *Nautilus* de Julio Verne. Y tanto o más que Chaves recorrieron Garay, Irala y sus huestes de acero.

Hablando de estas cosas, la otra noche, con un amigo ilustre que me está escuchando con atención deferente, convinimos en que la historia de estos países está aún sin escribirse. Sólo tenemos libelos... La conquista está esperando al historiador de sus hazañas, a un psicólogo y artista que después del trabajo de la crítica que ordena y depura, ejercida a la manera del doctor Fregeiro, nos ofrezca el punto de vista de la imaginación sobreexcitada de los héroes, amantes del oro y de la gloria, corriendo en pos de sus quimeras, y sepa intuir un estado de espíritu distinto del nuestro, trasportándonos al alma de los actores. Pensando en la naturaleza metálica de aquellos conquistadores y usando una frase sonora de Castelar, escribía que, en honor a la verdad, no sabía ni de Argonautas mitológicos, ni de persas que pasaron como una manada de chacales, ni de griegos que pasaron como un coro de sirenas, ni de romanos que pasaron como una bandada de águilas, ni de cuerdos ni de locos que hubiesen realizado en el planeta los milagros de energía que realizaron los conquistadores formidables del Río de la Plata.

Y preguntaba: ¿Dónde están los Garay, Chaves, Irala y sus soldados incomparables?

Algún poeta nos diría que se encuentran en la estancia luminosa de los héroes, pero nosotros, con más precisión y tal vez con más poesía, diríamos que se encuentran en nosotros mismos, vale decir, en las entrañas de la raza.

Y allí están, fisiológicamente, virtualmente.

En efecto, Iralas, descendientes del gran conquistador, figuran en nuestra política, nuestro foro, nuestras cátedras. Melgarejos, herederos del conquistador del Guairá, y Arias que vienen de Hernandarias, llenan V. Rica. El Príncipe y Almirante Andrés Doria, que tanto ruido causó en el siglo XVI, está representado en los Dorias de San Pedro. Y ¿para qué ir tan lejos? El General Garmendia confiesa su abolengo en un Torres de Vera y Aragón, y un Ponce de León, colateral remoto del romántico descubridor de la Florida, vive en Corrientes, el mismo que en una de nuestras revoluciones se señaló por su arrojo temerario. En nuestro excepcional medio biológico, es increíble la persistencia de la sangre y de los caracteres. Después de siglos, el conquistador está en sus descendientes; su energía imponderable continúa latente esperando ocasión de manifestarse. «La estructura del botón de un árbol contiene toda la vegetación».

Y así aquellos conquistadores, inmortales en sus descendientes, empujaron con su heroico espíritu los grandes acontecimientos de nuestra historia.

Estarían con su audacia emprendedora en los primeros mestizos que fundaron siete ciudades desde Santa Cruz de la Sierra hasta Buenos Aires y desde Concepción del Bermejo a la Ciudad Real, siete antorchas prendidas en los desiertos para iluminar casi medio Continente.

Estarían también en los paraguayos que en 1640 expulsaron a los jesuitas, 117 años antes de que Europa pensara en hacerlo. En aquel tiempo se necesitó en Francia toda la vehemencia de un Pascal para atacar, de palabra, a los dictadores de la Cristiandad, siguiéndose, dice Macaulay, una larga y extraña lucha del genio contra el poder. Pero Macaulay murió sin saber que un acta que custodia nuestro Archivo decía sencillamente que en vista de haberse apoderado los jesuitas de la mayor parte de las riquezas de la Provincia y de no hacer otra cosa que «tiznar el candor de la religión», el Cabildo los expelía «como fueron expelidos del cielo—reza el texto—Luzbel y sus secuaces». Arte a un lado, este gesto es más concluyente que las célebres *Provinciales* de Pascal. El paraguayo, descendiente de grandes hombres, libre de presiones feudales, se manifestaba en la plenitud de su naturaleza superior.

Estarían también en los comuneros que iniciaron la primera revolución. Sus principios eran muy claros y son muy conocidos:

La soberanía reside en el común;

La razón prima sobre toda autoridad;

Los pueblos no abdican su soberanía.

Hobbes inculcaba en Europa que todo gobierno es necesariamente absoluto y los paraguayos respondían desde sus selvas, que todo poder es necesariamente limitado, noción hoy elemental en la Ciencia Política.

Y con estos principios por bandera corrieron a las armas, con la entereza con que los Chaves, iban, impertérritos, a conquistar *Dorados* impalpables. ¡Duelo de una idea democrática!... Como en la parábola del sembrador el grano cayó entre espinas y las espinas le ahogaron. Los Comu-

neros lucharon como leones y murieron como mártires, dice Estrada. Sucumbieron en la demanda, destino de los precursores. Su gloria está en que dejaron entrever la emancipación americana, en lontananza profética. Cuando se escriba la historia de nuestro Cabildo, se verá que era como nuestro árbol de Guernica, a cuya sombra centenaria fué germinando poco a poco la flor del sentimiento nacional que viene de oscuras lejanías, de los confines de la historia.

Y volviendo a tomar el hilo principal, continúo diciendo que los conquistadores estarían también, de manera indefinible, en los actores de los mil episodios, mil centellas del valor emancipado de la idea de la muerte—fondo psicológico de la raza—patentes en la guerra ¡en nuestra guerra! donde fuimos dignos contendores los unos de los otros porque llevábamos y llevamos la misma sangre, savia de gigantes. Estarían, por ejemplo, en los argentinos que a pecho franco corrieron al asalto de Boquerón, entre torbellinos de fuego y de metrallas, y en los paraguayos que dieron los combates de siete días en las Lomas Valentinas, combates librados sin comer y sin dormir y ¡sin un minuto de flaqueza!, cosa—decía al general Garmendia—que no he leído ni en Iliadas ni en historias ni en novelas. La fibra inmortal de nuestra estirpe es fibra de Encélado que no quebranta ni la derrota ni el hambre ni el martirio...

Y la conclusión de todo es muy sencilla, casi trivial, desde Augusto Comte. Los muertos, dueños de nuestro destino, nos gobiernan. Es que están en nosotros, en el alma ancestral que dice Le Bon. Este filósofo concreta su pensamiento afirmando que «en la batalla del Marne, tanto como el ejército de los vivos, peleaba por la Francia el infinito ejército invisible de los muertos.» En el fonógrafo ancestral, cada generación, al lado de las notas legadas, registra sus notas propias, las cuales van repercutiendo en la posteridad, integrando el ritmo de la vida.

Y así se explica la tendencia que nos lleva siempre a considerar como propias las acciones memorables de nuestros antepasados y es que estos antepasados están presentes en cierta zona secreta del espíritu donde duermen los impulsos que se despiertan y saltan sobre el engranaje de nuestro egoísmo diario, en los grandes momentos místicos de la patria.

Y se aclara una idea tantas veces repetida: La patria es la historia de la patria, concepto que está en la prosodia de Lamartine y también en un célebre discurso de Aristóbulo del Valle: «No es sólo el cielo que nos cubre y la lengua que hablamos. Consiste también en las tradiciones de la historia, en las victorias y los contrastes de nuestras armas, en los grandes hombres del pasado y en las muchedumbres anónimas que siguen la bandera nacional cantando el himno de sus glorias.»

He tratado de explicar lo que es el Paraguay por el medio y por la raza. Ningún historiador se ha fijado en que había allí, desde el Coloniaje, cinco blancos por uno de color, y en las demás Provincias veinticinco de color por uno blanco, dato significativo y concluyente para quienes opinando con Gobinau creen que allí donde domina *la raza de la aurora* estará siempre el eje de la historia.

En definitiva, acabo de hacer el elogio de mi patria. No digo que sea un pueblo de ángeles. Sólo afirmo que le favorece singularmente el promedio general. EL PUEBLO MÁS SANO Y MÁS BUENO, APARTE DE SU VALOR SERENAMENTE FORMIDABLE EN LA GUERRA... Mis cifras retan todas las objeciones.

Ya sé que se han dicho algunas cosas malas del Paraguay. ¿De qué pueblo no se dicen? Mas, conviene recordar que entre el amigo que elogia o perdona y el enemigo que denigra, el primero está más cerca de la verdad y de la justicia que el segundo.

Y, dentro de esta regla de crítica, el que tiene la palabra estaría del mismo modo en la verdad, como ahora, cuando hace años, ¡con un entusiasmo entonces juvenil, hacía también el elogio de esta hermosa nación argentina. Decía:

Hay en nuestra América del Sud una nación a donde fueron y van las razas a cruzarse para realizar, en la orilla del gran río, no sé qué cálculo de la historia. La familia humana ubicada en tan admirable posición geográfica está llamada a un destino prodigioso. En la orilla del Plata ha de operarse la trasmutación de las ideas, decía un profeta, nuestro Sarmiento, y digo *nuestro*, porque hombres como Sarmiento y Alberdi que dilataron las fronteras del pensamiento americano, son tan vuestros como nuestros.

Y el ojo argentino está hecho a la grandeza, pronuncia Lugones, esteta de locución fosforescente, y la verdad es que concibo al alma argentina grande como su Río de la Plata. Lo fué en los días de la independencia, cuando sus legiones caminaban de clima en clima, e iban a libertar hermanos, a quebrantar cadenas. Lo fué también después de Caseros, cuando dictaba su Constitución *para todos los hombres del mundo*, concepto infinitamente humano que escapó al genio anglo-sajón. Y también cabe recordar que labios argentinos dijeron que la victoria no da derechos, sencilla fórmula del derecho futuro. Y, en fin, preguntaba: ¿qué sería de algunos de los pueblos sudamericanos si, por un cataclismo inesperado, se apagase, de repente, este inmenso fanal de Buenos Aires? Quedarían poco menos que a oscuras. Un agregado humano tan colosal implica poder económico inmenso, selección mental extraordinaria y toda clase de garantías—es riqueza, inteligencia y libertad!

(Envío de la «Biblioteca Paraguaya del Centro de Estudiantes de Derecho». Asunción).

El ejemplo de Mommsen

POR E. GOMEZ DE BAQUERO

HACE poco hablaba en el «Figaro» una experta pluma francesa de la resurrección de Hamburgo. Las circunstancias de la guerra y de la paz han puesto a Francia en la situación trágica de un sujeto que tiene que alarmarse de la prosperidad de su deudor, y al mismo tiempo necesita de ella.

Al final de la guerra, Hamburgo, como emporio marítimo, era una ciudad muerta. Protegida por su cuádruple o quíntuple armadura de los campos de minas, de los submarinos, de la escuadra, de las fortificaciones de Heligoland y de Cuxhaven, se ahogaba. La mano de Inglaterra la estrangulaba desde lejos. Los leviatanes británicos no podían acercarse al estuario del Elba, sembrado de más peligros que los de las navegaciones de Ulises; pero los trasatlánticos hamburgueses y las naves todas de la antigua ciudad del Hansa estaban prisioneras, tras sus defensas o en lejanos puertos.

Hamburgo renace, vuelve a ser, según parece, el gran puerto continental. El escritor francés, al ver, de nuevo, el bosque de mástiles y chimeneas, el movimiento enorme de los muelles, el humo de las fábricas, se hace esta reflexión: Mommsen infundió en los alemanes el sentido de la organización y la disciplina romana.

Mommsen es un nombre representativo. Su acción no hay que entenderla en un sentido material e inmediato, como la obra de Bismarck, ni tampoco como la influencia personal de un héroe carlyliano. Mas el nombre del historiador de Roma no es una cita

arbitraria de pedante. Hay en esa observación más sentido del que parece. Mommsen es, para el caso, el saber, apartado de la práctica, y que, sin embargo, conduce a la práctica. Es la ciencia especulativa, aun aplicada a disciplinas tan poco especulativas como la historia. Especulación al margen de la aplicación, pero, a la vez, promesa y prólogo.

* *

DESPUÉS de la guerra de 1870-71 se dijo que la victoria era obra del maestro de escuela alemán. La prosperidad germánica en la Era imperial se atribuyó a sus técnicos. Alemania, para muchos, fué obra de sus químicos. La gran guerra no lo desmintió.

Para que la industria alemana conquistase los mercados del mundo, fué necesario que los procedimientos de la fabricación y del comercio adquiriesen un progreso extraordinario. El progreso industrial daba a su vez al poderío internacional aquellos asientos de riqueza, sin los cuales es una pretenciosa quimera. Los pueblos que han soñado en ser fuertes, haciéndose un ejército y una marina, no han comprendido que la armadura no es la fuerza. Un sujeto endeble vistiendo una pesada armadura no se torna vigoroso. La armadura no le defiende, sino le abruma. El sostén de las armas del guerrero es su propio cuerpo.

Los buques de Hamburgo pudieron surcar todos los mares y conducir a todos los lugares del mundo las mercancías tudescas, gracias a los químicos, inventores, directores de industria, viajantes y técnicos de todas clases, que estudiaron atentamente las exigencias del mercado universal y le ofrecieron utilidades y satisfacciones superiores a las que podían proponer otros pueblos. Esta generación de técnicos tuvo a su vez necesidad de una generación de investigadores, de sabios, que elevaron los conocimientos básicos y facilitaron los medios instrumentales del descubrimiento y de los métodos de perfeccionamiento. El técnico hizo al industrial y al comerciante, pero al técnico le hizo el sabio, el científico.

El papel del sabio fué doble: preparar el antecedente científico de las aplicaciones y mantener vivo el culto de la inteligencia, de la reflexión, del estudio, entrenar los cerebros, hacer cerebros pensantes. El historiador tuvo su parte en esta alta tarea de educación. Su misión fué inculcar el espíritu y la admiración de la grandeza histórica, con los magnos ejemplos de la humanidad. Así Mommsen, evocando los lienzos murales de la historia romana, sirve a la misión del mundo germánico, misión verdadera o falsa, pero de que llegó a sentirse tan poseído aquel pueblo, que hizo del germano el prototipo y el representante del ario, de la raza noble.

* *

ENTRE nosotros se ha proclamado también la virtud tónica y formativa de la historia, pero con un sentido falso, de narcisismo, de adoración propia, haciendo de la historia una especie de literatura ministerial de un pueblo, que le convenciera de sus perfecciones. Para acercarse a la perfección hay que empezar por sentir las imperfecciones. Mommsen fué universal y nacional. Trabajó en el «Corpus Inscriptionum Latinarum» y en los «Monumenta Germaniæ Histórica». Si hubiera tratado de convencer a sus compatriotas de que nada tenían que aprender de Roma y de que Arminio era más importante que Julio César, habría contribuído bastante menos a la gloria alemana y a la formación de la mentalidad alemana. La gloria de los pueblos no se forja con apologías, sino con hechos. Las apologías suelen venir detrás de la gloria, en las épocas de decadencia.

La lección que mana de este nombre representativo de Mommsen es una advertencia contra el excesivo apego al practicismo y un llamamiento al culto de la inteligencia. ¡Pobres de los pueblos donde el sabio parece una figura cómica, un ente de sainete, y donde la palabra intelectual se pronuncia con retintín de chacota! ¡Más industriales y menos doctores!, se dijo alguna vez entre nosotros, sin caer en la cuenta de que doctores de verdad, no de diploma, había poquísimos y de que para tener buenos industriales hace falta que haya buenos doctores.

(El Sol. Madrid).

Gabriela Mistral en La Habana

A LOS POETAS DE MEXICO

LA veréis llegar y despertará en vosotros las oscuras nostalgias que hacen nacer las naves desconocidas al arribar a puerto; cuando pliegan las velas, y, entre el susurro de las espumas, siguen avanzando como en un encantamiento lleno de majestad y ensueño.

Llegará recogido el cabello, lento el paso, el andar meciéndose en un dulce y grave ritmo.

Es una de esas naves, perladas de rocío, que vienen de las profundidades de la noche y emergen con el alba trayendo, al puerto que duerme, la luz del nuevo día.

Cuencos llenos del agua que la noche roba a las estrellas, claros, azules, verdes y grises, sus ojos brillan con el suave fulgor de un constante amanecer.

Tiene la boca rasgada por el dolor, y los extremos de sus labios caen vencidos como las alas de un ave cuando el ímpetu del vuelo las desmaya.

La dulzura de su voz a nadie le es desconocida, en alguna parte créese haberla escuchado, pues como a una amiga, al oirla se le sonríe.

Ultimo eco de María de Nazareth, eco nacido en nuestras altas montañas, a ella también la invade el divino estupor de saberse la elegida; y sin que mano de hombre jamás la mancillara, es virgen y madre; ojos mortales nunca vieron a su hijo, pero todos hemos oído las canciones con que le arrulla.

¡La reconoceréis por la nobleza que despierta!

De todo su ser fluye una dulce y grata unción, ¡oh! suave lluvia invisible, por donde pasas ablandas los duros terrones y haces germinar las semillas ocultas que aguardan.

No hagáis ruido en torno de ella, porque anda en batalla de sencillez.

Feliz aquel que calla o ruega triste por amor a las palabras justas, si algún día encuentra que para lograrlas, como yo ahora, debe emplear las cálidas voces del olvidado regocijo y de la perdida admiración.

Los taciturnos montañeses de mi país no la comprenden, pero la veneran y la siguen; ¡oh!, ingenua y clara ciencia.

La llamáis, y os la entregan; saben que es su mayor tesoro, y sonríen complacidos de ser su dueño.

Hoy al mar la confiamos, y para que la nostalgia no la oprima, buscaremos entre las aguas inciertas, la gran corriente que viene del Sur y se va hacia vuestras costas, logrando así que sean olas patrias las que escolten su barco, y durante el largo viaje en busca de su olvido y alegría, ¡canten!

PEDRO PRADO

PALABRAS DE GABRIELA MISTRAL (1)

EN Martí me había sido anticipada Cuba, como en el viento marino se anticipan los aromas de la tierra todavía lejana. Pero yo no sabía hasta qué punto José Martí expresó a su

(1) Dichas al finalizar el té con que la obsequiaron las muy acreditadas Revistas habaneras *Social*, *Cuba Contemporánea* y *El Fígaro*.

Isla, con su ardor y sus suavidades inefables, y no sabía, tampoco, hasta qué punto los cubanos todos prolongan en la carne de su corazón estos atributos de la Isla y de su insigne artista: la generosidad, la efusión. La tierra se ha puesto a hacer el fruto de la miel más consumada y de la rojez más intensa, a la vez que las almas más calurosas. Y siempre se confundirán para mí en una noble armonía, la mañana, espléndida de luz hasta ser cegadora, en que yo he desembarcado, y el afecto con que se me recibiera, grande hasta ser excesivo.

Empiezo en Cuba mi acción de gracias hacia México, el noble país que me ha permitido atrevesar mi mar Pacífico, en un vuelo lleno de embriaguez, y venir bebiendo paisajes buscados pero nunca alcanzados en el ensueño, bebiéndolos con estos ojos míos, los siempre sedientos de la luz plena y del rico calor, y gracias le serán dadas a México también por esta otra maravilla de ensanchar con este viaje mis alianzas espirituales, de allegarme con el mayor conocimiento, el mayor amor.

Toda la desvinculación, la quebradura de esta América Latina en retazos de patrias recelosas o indiferentes unas de las otras, no tienen más razón que la falta de conocimiento. Los países que besa con su lamedura de sal y de ardor el mar Caribe, se aman, porque, como los amantes que se hallan proximos, están mirándose a los ojos: México, Cuba, Santo Domingo son hermanos de verdad, no de retórica. Pero las patrias australes apenas conocen a estos países por el cristal del canto de sus poetas y por cosas menos felices: por las noticias cablegráficas reducidas y grotescas. Los viajeros del Sur son casi siempre hombres de negocios o viajeros de placer. Los primeros miran estas tierras con esa prisa que yo llamaría fenicia y que no puede conducir a la simpatía. Los viajeros de placer van casi siempre de tránsito hacia aquella Europa que es todavía la *superstición de nuestra América ingenua*. Es necesario, pues, que viajen los que pueden mirar con ese reposo que es una nobleza, los que no traemos prevenciones contra esta América y los que, en fin, por esa persistencia de las imágenes que se retiñen en el alma por la simpatía y la belleza, podremos regresar al Sur a devolver la visión esplendorosa en la palabra, y a derramarla en los sitios donde *la América una* debe hacerse: escuelas, sociedades obreras, la prensa. Doy también gracias por este maravillamiento que ha cogido mis ojos a mi suelo, que es perfecto en un sentido que voy a explicar: Chile afirma su espalda en la Cordillera. Ella le da calma y firmeza; pero mira al mar, hunde sus pies como un niño en la gran agua azul que es el elemento de renovación por excelencia. Con sólo un cuenco de montañas, hubiéramos tenido el ojo mezquino, sin sed de extraños horizontes y ese deseo de persistencia absoluta que dan los regazos estrechos de las cordilleras. Pero la lengua del mar a lo largo de nuestra costa infinita, nos está invitando desde que nacemos *al viaje renovador*, al viaje que redime de egoísmos y enriquece de simpatía, y por eso os digo: recuerdo y alabo mi suelo, que me dió el ansia de caminar sobre el mar, ansia que hasta aquí me ha traído.

Siempre se han pintado los viajes como una mezcla de alegrías y de dolores, para el hombre o la mujer que dan la espalda a la tierra nativa y que llegan a otras costas hormigueantes de rostros extraños; a mí me ha faltado hasta ahora el dolor que debió tener mi experiencia. He sentido la soledad sólo en el mar; la aproximación a las costas extrañas ha sido una cosa tierna, como la aproximación del niño al seno de la madre, abandonado unos instantes, Y esta impresión es particularmente la de Cuba.

No hay forma que yo sienta la nostalgia en medio de una luz que baña como para poseer, y en medio de unas gentes cuya simpatía penetra y enciende como la luz misma.

Conocía de Cuba los hombres ilustres y las publicaciones que, como *Cuba Contemporánea*, van buscando, fraternas a través del Continente el corazón de los poetas; no conocía a la mujer cubana de hoy, a las descendientes de aquella vigorosa y espléndida Gertrudis Gómez de Avellaneda. Y esta revelación de la mujer cubana moderna será, como el paisaje tropical, mi panorama maravilloso de la Isla.

En Dulce María Borrero, la poetisa ilustre y la mujer llena de sencillez y cordial señorío, me llevaré yo la visión de todas las mujeres que aquí me han recibido: maestras y escritoras; de este modo un solo fruto revela, con su pulpa dulcísima, a la llanura entera de surcos ardientes donde fué melificado.

Desde el fondo del corazón agradezco a los amigos de *Cuba Contemporánea*, de *El Fígaro* y de *Social*, y de este como viejo amigo mío don Ramón A. Catalá, esta honra inolvidable que no merezco y que mido en su valor para pesar mejor su generosidad y recordarla toda la vida.

GABRIELA MISTRAL

(*El Fígaro*. Habana).

Con Gabriela Mistral

VENGO de estar con la alta poetisa sudamericana, Gabriela Mistral. Cerca de las diez de la mañana, algunos estudiantes costarricenses y yo nos encontramos, como se había convenido, en la calle de Liverpool, en la Colonia Juárez. A pocos pasos nuestros destacábase el contorno aún incompleto del Hotel Genéve, en donde hospedan a la gloriosa educacionista Lucila Godoy, cuyo nombre oculta bajo la celebridad de su seudónimo. Y allá, emergiendo de las frondas, alcanzábase a ver el remate de oro de la columna de La Independencia, como un sol.

Rafael Heliodoro Valle nos presentó a ella. Vestía un traje sencillo, casi negro. Amable en extremo y exquisita en la profunda simplicidad de su lenguaje, Gabriela Mistral se hace querer en seguida como una complaciente directora de escuela. Es alta, y en el color de sus mejillas revélase una salud total, de cuerpo y alma. De este modo, los estudiantes muy pronto se despojan de los prejuicios y temores con que acudieron a la cita; y la confianza en que se envuelven los hace emitir, de cuando en cuando, alguna frase ingenua y precipitada que la poetisa soluciona con sonrisas de bondad.

Cuando hablamos de Costa Rica, sus ojos parecen alegrarse y, al hacerlo, una misma emoción vibra en nuestros espíritus. Pese a algunas doctrinas, el concepto de patria es otra forma astral de nuestro cuerpo que, conforme se aleja aquélla, se intensifica al menor recuerdo, remarcando cariñosamente las fronteras; y más cuando éste nace en unos labios siempre justos, siempre buenos, siempre sabios.

Una que otra pausa de silencio nos da tiempo para revisar curiosamente el salón en que estamos; diríase que todo está animado de fraternidad y sabiduría: las butacas, la tela de las butacas con sus grandes loros azules; la mesita de caoba en que descansa un florero sosteniendo un manojo de campánulas cuyo nombre todavía ignoramos; la pelusa de la alfombra; la escala de sol que entra por la vidriera a herir la penumbra invernal del aposento.

—Sí; en Costa Rica se me espera y en noviembre estaré allá.

Y después:

—A García Monge no sólo yo le debo parte de la difusión de mi obra. En América tiene muchos deudores.

Luego habla de otros costarricenses: de las mujeres nombra con preferencia a nuestra escritora nacional, Carmen

Lira, a quien ella estima con admiración.

De Chile, su patria, ahora tan lejana, hace referencias con frase placentera: muy someramente nos dice de la evolución de las clases sociales, del clima que vuelve tan joviales a los campesinos; y, cuando alguien le recuerda el tamaño de su territorio, comparándolo con el de la república centroamericana, ríe ella, compara su tierra con las circunvecinas y exclama que, en el mapa, Chile es una rayita temblorosa.

Fué una conversación amena, jovial, provechosa; en que resaltó, por sobre todo, la confirmación de que irá a nuestra patria. Pocas veces tendrá Costa Rica un acontecimiento, como el del próximo noviembre, en su historia literario-pedagógica.

La estada de José Santos Chocano fué uno de esos momentos: el altivo y glorioso poeta llegó a estimular mentes jóvenes, a exaltar espíritus indolentes, a ilustrar el hospedaje de nuestros techos.

La visita de Gabriela Mistral va, además, por ser ella quien es, revestida de un alto apostolado: la educación del pueblo, y, desde luego, el estímulo a la mujer costarricense como miembro activo de una sociedad alegre de cultura. Dichosamente, la mujer de nuestra patria, preparada ya para recibir y comprender a espíritus de la magnitud del de Gabriela Mistral, encontrará en ella a una amiga y a una maestra, bajo un nimbo inalterable de poesía.

MANUEL SEGURA

México, D. F., 30 de julio de 1922

(Envío del autor)

Gabriela Mistral en México

El día de ayer se efectuó en la «Escuela-hogar Gabriela Mistral,» la fiesta organizada por el personal docente y las alumnas de dicho plantel, con el objeto de hacer la solemne declaración inaugural de la mencionada escuela, que lleva el nombre de la más distinguida representante femenina de la poesía sudamericana. La fiesta, que fué presidida por Gabriela Mistral, ha constituido un grandioso homenaje de admiración y cariño hacia la educadora, cuyo nombre honra a una de las primeras escuela mexicanas.

Desde luego diremos que el adorno que lucía la escuela, fué sencillo, con sobria y exquisita elegancia, como para servir de marco a esta mujer que es, asimismo, toda sencillez y elegancia espiritual. En el estrado de honor, que se levantó en el sitio donde se desarrolló el programa de la fiesta, se colocó entre las banderas de Chile y México, un escudo nacional, que rodeaban otras banderas de los países de la América española. Los demás salones lucían guirnaldas de flores y plantas de sombra; y en estos distintos departamentos se instalaron los objetos artísticos y trabajos manuales que se hacen en el establecimiento, y que en su conjunto formaban una magnífica exposición, que honra a maestras y alumnas. Bien quisiéramos entrar en detalles sobre estos objetos de arte y de trabajos manuales, pero desgraciadamente nos lo impide el espacio de que disponemos.

Poco después de las diez horas y media llegó la educadora y poetisa Gabriela Mistral, que fué saludada por las alumnas y demás concurrentes con una salva de aplausos y de vivas, en tanto que un grupo de educandas cantaba el Himno Nacional de Chile. La señorita Mistral llegó acompañada por los señores Jaime Torres Bodet y Rafael Heliodoro Valle, comisionados por la Secretaría de Educación Pública, y presidió la fiesta, en unión de Gabriela Mistral, el señor General Francisco Figueroa, Subsecretario de la mencionada Secretaría.

Gabriela Mistral fué recibida por la señorita Pacheco y por el cuerpo de profesoras, y enseguida la gran poetisa y sus acompañantes se dedicaron a visitar los diferentes departamentos de la escuela, admirando la exposición de los trabajos, que merecieron los más calurosos elogios.

... y a continuación Gabriela Mistral leyó un discurso, del cual hemos entresacado los períodos más interesantes. Al ponerse de pie Gabriela Mistral, la concurrencia la ovacionó largamente, lanzando vivas a Chile y a la América Latina... Y Gabriela Mistral empieza a leer su discurso, en que hay períodos conmovedores, encerrados dentro de un estilo el más puro. Inmóvil, sin hacer ademanes, con los ojos inclinados sobre el papel, lee y sólo se mueven sus labios con suave lentitud.

EL DISCURSO DE GABRIELA MISTRAL

«QUIERO contaros—comenzó diciendo—qué emoción fué la mía cuando supe que en la meseta mexicana, en tierras que solamente habían asomado a mi ensueño, una escuela de niñas llevaría mi nombre.

»No fué el torpe ímpetu de la vanidad; no pensé en que la inscripción de un frontis mostraría mi nombre a un pueblo nuevo; no pensé en la ceremonia oficial de una inauguración que me cubriría de prestigio inmerecido; pensé que Dios me hacía, por la mano de un nobilísimo pensador, el don de muchas almas, de una inmensa guirnalda de almas. Este pensamiento me rompió de ternura, y también de dolorosa confusión.

»Porque el don de las almas, que es el mayor que ve la luz, es divino por excelencia y terrible por su significación. La *dación* de las almas se hace a aquellos que son los mejores. No nos inquieta ver las riquezas exquisitas, la esmeralda de Colombia o la perla del Caribe, caídas en una mano mezquina, porque la materia sobre la materia es sólo vanidad sobre vanidad. Pero cuando se trata de otras ofrendas, cuando se ha elegido un pastor para las juventudes, por ejemplo, todos los otros se levantan para mirar a éste que pasa llevando sobre su pecho un resplandor como de cuajadura de piedras preciosas; y entonces el pastor que se ve asaeteado de miradas, baja los ojos lleno de confusión y de angustia.»

....

De la breve y escueta noticia periodística que yo leyera, fué abriéndose un período inacabable, que a través del mar me dirigía a México por la voz

ilustre del jefe de su enseñanza pública. Así decía esta tierra a la desconocida mujer del Sur:

—Te damos una escuela, lo cual es hacerte la invitación más vigorosa al bien y a la dádiva mental. Te damos una escuela para que tú escribas los cantos de ella, para que tú hagas las lecturas espirituales de sus niñas; para que tú les entregues, mientras haya aliento en tu boca, lo mejor de ti misma, todo lo que en ti sea, por obra de tus dolores, transparencia de verdad y brasa de sentimiento.

—Te la damos nueva, a fin de que ayudes a hacerla y pongas en ella, como hubieras puesto en el hijo que no tuviste, tu sangre, el ritmo más noble que alcanzaste, como si se dijera, las facciones de tu alma.

—Te damos una escuela en un país que no es el tuyo, para que aprendas que las distancias son mentira y que son apariencia las líneas rojas de un mapa, que limitan a las patrias de la América; para que te cures, si lo tuvieras, del demonio de la limitación, que te habrá asegurado muchas veces, que sólo te debes a tu raza chilena y no a tu raza americana.

—Te damos una escuela industrial. Aun cuando has vivido muchos años para el pensamiento, has aprendido en la madurez de la vida que el trabajo material era tanta o mayor nobleza que aquél y que la América industrial salvará de muchas humillaciones a la América política.

—Te hemos hecho una escuela en una tierra traspasada de tradición, pero que bulle de los fermentos sociales de hoy. Cuando tú vengas hacia ella podrás amarla por tu acendrado culto de lo primitivo; mas ella te añadirá el hervor del presente de esta época intensa.

—El que te damos es don demasiado grande para un vivo: mídele y merécele.

....

Y continúa la poetisa:

«Sí, yo he de procurar ir dando todo lo que alcanza mi estrecha, mi pobre mano de mujer. Nunca me fué ofrecida cosa más alta. Nada he hecho para merecerla. No he dado a México, he recibido de él. Es la tierra de donde yo bebo, hace diez años, el sustento del corazón y de la mente en el libro de Amado Nervo o de Antonio Caso, de Vasconcelos o de González Martínez, de Urbina o de Justo Sierra, de Othón o de Alfonso Reyes. Yo le he recibido el alimento de la imaginación en la maravilla de su paisaje entrevisto.

»Pido a ustedes un pensamiento de gratitud calurosa para el Excelentísimo señor Presidente Obregón y para su Secretario el licenciado Vasconcelos, a cuya administración debemos, vosotros una escuela más, yo una honra insigne.»

....

....

«México ve realizarse en este momento una reforma educacional que, sin ninguna hipérbole, puede compararse con la de Sarmiento en la Argentina. *Viendo esta voluntad ardiente de hacer*, no de trazar planes, que hay en este Gobierno, la esperanza nos conforta. Confiemos en que el año próximo duplicará las salas de clases y que se hará la dotación de material correspondiente. En las escuelas industriales, esta dotación de útiles es la esencia misma, es algo así como la columna vertebral en un cuerpo. La calidad de la enseñanza está subordinada en gran parte a estos medios.»

LA SOLIDARIDAD DEL MAESTRO

«SIEMPRE he pensado—continuó—que la solidaridad de los maestros es el primer valor de un colegio, que en el ambiente de luchas internas toda simiente de enseñanza moral resulta no sólo perdida sino grotesca. Una poderosa unión suelda los organismos escolares, los endurece como músculos para la lucha con el ambiente, les dignifica ante la ciudad y hasta acrecienta las capacidades. En suma: la paz interna de un colegio es como la buena sangre en un cuerpo: todo lo vivifica, lo aligera y lo embellece.

»Esta escuela mexicana corresponde, en el plan que empieza a desarrollar, de una manera casi total, a mis ideales de enseñanza para la mujer de nuestra raza.

»La educación en nuestra América empezó por ser intelectualista, en vez de empezar por ser industrial y agrícola. Esta inversión de factores, que tal vez sea en buena parte un pecado de vanidad, lo ha pagado dolorosamente nuestra América con su crisis económica casi permanente. Tenemos una mezquina vida industrial, hemos abandonado nuestros mercados al extranjero y el hombre o el país que empezaron sólo vendiendo acabaron dominando. Gran ceguera ha sido para nuestra América dedicar lo mejor de sus recursos y entregar las mayores capacidades de su juventud a la educación puramente libresca. Si simplificamos los males de la América, hallaremos estas dos lacras: una democracia ignorante a la que se concedió el voto antes de darle cultura y una democracia que ha desdeñado el trabajo manual y ha ido enajenando por esta causa las riquezas de su suelo. Excepto en la Argentina, nos han faltado en todos estos países escuelas primarias y escuelas industriales. Y si en algunos empiezan a enmendar el último de los yerros, se hace esto con el criterio ¡tan latino! de reformar sólo para un sexo: se intensifica la enseñanza industrial para los hombres, y se la descuida para la mujer.»

TRES OBSEQUIOS

«HAGO entrega de tres obsequios a la escuela chilena de México; uno es el retrato de nuestro Presidente, Excelentísimo señor don Arturo Alessandri, mandatario que ha llegado al

poder con un programa democrático intenso y neto. Grato le será que esta escuela lejana realice las ideas que él sustenta respecto a la enseñanza y que son las mismas que han presidido la reforma del Gobierno mexicano. En la dedicatoria del retrato ha expresado mi Presidente sus ideales humanos.

»El segundo homenaje es de americanismo, y lo envían a las alumnas de esta escuela las del Liceo de Niñas número 2, de Santiago de Chile (o sea las alumnas de lo que vosotros llamáis una escuela preparatoria). Dirige este establecimiento la señorita Ida Corbat, extranjera de corazón latino, que tiene la leal estimación de nuestra raza hispánica.

»Dejo también en vuestra mesa algunas publicaciones gráficas chilenas que os revelarán nuestro paisaje, lo que algunos llaman el trópico frío, que es rico y preñado de hermosura, como el trópico cálido. Estas publicaciones las obsequian a vosotras las alumnas del Liceo número 6, que yo dirijo, doblemente hermanas vuestras por la sangre y por el cobijo ardiente que les hace mi ternura.

»Por fin, os entrego una bandera chilena, donada también por el Ateneo del Liceo 2, que lleva mi nombre, y que se siente soldado por ese vínculo espiritual a vuestra escuela.

»Yo pongo en vuestras manos, niñas mexicanas, esta bandera mía, azul, blanca y roja. Sus colores dicen nuestra idiosincracia: el rojo es la voluntad de crear, la energía racial que corre como un río potente a través de toda la historia de Chile; su azul dice nuestra idealidad, que se funde con la acción, que la compenetra, para depurarla de crudeza brutal; su blanco dice nuestros ideales humanos de alta justicia, de elevada conciencia: es la expresión del espíritu en nosotros.

»Al tocar mi bandera, pensad que ponéis la mano como si dijéramos sobre el corazón quemante de mi raza. Su contacto no os restará nacionalismo; el amor que le deis no será robo al amor patrio; anticipáis solamente en unos instantes de la historia, si sentís vuestra mi raza austral. La portadora de esta bandera cree como en su Dios cristiano, como en la luz que baña su frente en las mañanas, en la América una del porvenir, unificada por el sentimiento, por la presencia del pasado histórico y por la defensa común.

»Ojalá esta unidad de las patrias americanas no tenga que hacerse por el odio a otra raza, sino por el mutuo amor; ojalá que nazca del ímpetu de la sangre que se reconociera una, desde Río Grande al Cabo de Hornos y no por la urgencia del peligro supremo».

Una salva de aplausos acalla las últimas palabras de Gabriela Mistral, que presencia el homenaje, visiblemente conmovida.

Enseguida la poetisa hizo entrega a las alumnas, del estandarte de la Maternidad, pronunciando nuevamente unas cuantas frases en elogio de las madres, y a continuación hace igualmente entrega de la bandera chilena, que es recibida por las alumnas con indecible júbilo, y a los acordes del himno de Chile.

El estandarte fué colocado inmediatamente junto con la bandera chilena, así como el retrato de Su Excelencia el Presidente de la República hermana y los mensajes de confraternidad de las escuelas de aquella República.

Gabriela Mistral se retiró entre una doble valla de alumnas que la aplaudían y vitoreaban cálidamente, arrojando flores a su paso.

La fiesta fué un homenaje cordial y sincero hacia la educadora, un homenaje que estamos seguros quedará en sus más gratos recuerdos, y servirá de patente testimonio fraternal y de acercamiento espiritual entre nuestra patria y Chile, la lejana República hermana del Sur, representada por una de sus mujeres más distinguidas y más cultas.

(*Excelsior*. México, D. F.)

Poetas centroamericanos

SALOMON DE LA SELVA

CANTAR

Mar del Norte, Mar del Norte,
si en ti me ahogo,
lávame los sudores,
mátame todos los piojos,
¡déjame la carne blanca
y los cabellos de oro!

Que va a venir a tus playas
para buscarme, la novia:
¡No quieras que me tenga asco
cuando me bese la boca!

Mar del Norte, Mar del Norte,
si en ti me ahogo,
haz de cuenta que te han echado
un manojo de heliotropos,
¡que blanca tengo la carne
y los cabellos de oro!

Carne blanca que antes era
promesa para mi novia...
¡No quieras que me tenga asco
cuando me bese la boca!

GRANADAS DE GAS ASFIXIANTE

Pló-pló-pló-pló hacen las granadas,
y cuando caen, *plúm*.
Y en los días de sol su humo es una nube
[amarillosa,
y en los días de lluvia de una blancura
[esplendorosa.
¿Quién no se acuerda de los cuentos de hadas?
¿De los genios, de los duendes, de los gnomos?
¡Pló-pló-pló-pló... plúm!
Pló-pló-pló-pló...
pló-plúm-pló!

El gas que he respirado
me dejó casi ciego,
pero olía a fruta de mi tierra,
unas veces a piña y otras veces a mango,
y hasta a guineos de los que sirven para
[hacer vinagre;
y aunque de sí no me hubiera hecho llorar,
sé que hubiera llorado.

PRISIONEROS

Son gente.
De eso no cabe duda.
Gente como nosotros,
que come, que duerme, que se entume, que
[suda,
que odia, que ama.
Gente como toda la gente,
y sin embargo—diferente.

Como les hemos arrancado
todos los botones,
caminan agarrándose
los pantalones
y llevan el cuerpo doblegado.

Pudiera ser cansancio
pero no es eso.
Pudiera ser vergüenza...
En fin, qué nos importa;
¡Son nuestros prisioneros!

Está prohibido darles cigarrillos.
Bien. Se los daré a escondidas.
Alguno de ellos debe de haber leído
a Goethe; o será de la familia de Beethoven
o de Kant; o sabrá tocar el violoncelo...

CARTA

Ya me curé de la literatura.
Estas cosas no hay cómo contarlas.
Estoy piojoso y eso es lo de menos.
De nada sirven las palabras.

Está haciendo frío
por unas razones muy sencillas
que no recuerdo ahora.
Tal vez porque es invierno.
Unos libros forrados
que hallarás en mi casa
explican con lucidez indiscutible
la razón de las temperaturas.
Cuando me escribas, dime
por qué hay calor y frío.
¡Fuera horroroso
morirme en la ignorancia!

Las luces Verey son
lo más bello del mundo.
La No Man's Land parece
un país encantado.
He visto mi propia sombra
alargarse al infinito.
Y me han brotado mil sombras
rápidas de los pies.
Y se han ido estirando
más veloces que un sueño;
y después han corrido
de nuevo a mis zapatos.
Todavía les tengo
más temor a las sombras que a las balas.
Aunque son un encanto
las luces: verdes, blancas,
azules, amarillas...
Me he diluído en sombras
y me he ido corriendo
a más allá del mundo.
Me han parecido música
las luces. Me he sentido
el Prometeo de Scriabín.
Después me ha dado espanto.
Unos libros forrados
que hallarás en mi casa
explican con lucidez indiscutible
el por qué de los miedos.
Cuando me escribas dime
cómo se es valiente.
¡Fuera horroroso
morirme en la ignorancia!

EPIGRAMA

(Para grabarlo en la cureña de un cañón)

Homero fué cegado
por decir mal de Helena:
lo castigó el Cronida.
¡La causa de la guerra,
artillero, no digas,
por temor de que pierdas
tu buena puntería!

LA PAZ

Esto no ha sucedido nunca,
sólo yo lo imagino:
En vez de charla insulsa,
discusiones que terminan en pleito
o confesiones dolorosas
de dolencias inmundas,
un grupo de nosotros,
como en algún poema muy antiguo,
hablamos de la Paz:

—«Es una mujer bella
que ríe en los trigales verdes
y se duerme desnuda entre los surcos
de los campos dorados.
Bajo del sol la he visto, y en la lluvia
que hace fértil la tierra.
Su piel es suave como el lino hilado,
su carne huele a heno,
sus senos son como las trojes repletas,
su risa hace volar el polen
y llover—¡oh garúa de colores!—
las flores de los árboles frutales;
su voz conforta como el bullir de un puchero,
su aliento es el calor de los hogares,
y por ella brillaba mi guadaña
como una luna nueva
y las bocas inocentes de mis chicos
olían a manzana!»

—«Es una mujer bella.
Muchas veces la he visto en la Avenida.
Lleva medias de seda
y chapines de raso,
guantes de cabritilla
que le cubren los brazos,
y pieles estupendas.
Cuando pasa,
deja siempre una estela
de fragancia,
y tras de ella se ahogan
las miradas.
Los viernes tiene palco en la ópera.
La música es para ella,
y los muebles de cedro y de caoba,
y los lechos encortinados de brocado,

y los coches de lujo,
y la labor de los joyeros,
y las maravillas importadas,
y los trasatlánticos que son como palacios.
Por satisfacer sus caprichos
los hombres serios se vuelven calvos.
Por ella, en mi oficina
la mejor letra era mi letra,
la mejor suma era la mía,
y en el banco de ahorros
el cajero era casi mi amigo».

—«Es una mujer bella
como un jardín:
Hay rosas y azucenas
y una fuente en su carne;
sus dedos son como las hojas de los álamos,
sus cabellos tienen olor de pino,
y el pelo de sus senos
es como musgo de oro;
sus labios parecen hojas nuevas;
su vientre es un remanso
florecido de lotos;
sus piernas
son pedestales griegos,
y tiene cincelados
en las rodillas tersas
versos latinos del Renacimiento.
Yo por ella
he creado una dalia con perfume
y rosas sin espinas
y una amapola de agua que se abre como
[nube!»

—«Es una mujer bella.
Su cabellera es de bronce bruñido.
Lisas como marfil son sus caderas
y también de marfil son sus tobillos.
Su frente es plata pura
y sus mejillas oro
y alabastro la nuca
y alabastro los hombros
y los pechos de ónix
y las piernas de mármol.
Su vientre es un espejo de cristal de roca.
Las uñas de sus pies las hizo Benvenuto
y a lo largo de sus brazos
calígrafos árabes escribieron poemas
con una tinta de zafiros.
Sus ojos son topacios
y sus párpados tienen las sombras de las
[perlas;
sus labios son rubíes
que todavía no se han cristalizado.
¡Ah, y quien pudiera hacer suya
la sacrosanta mina de granates!
Ese mortal engendraría
hijos más bellos que los inmortales».

—«Es una mujer bella
como un águila, o como
un cisne cuando hay sólo
un cisne en la laguna:
¡Ella es el cisne de Tuonela
que empolla en el océano!
Ella es el fénix persa,
ella es el buho griego,
y el ibis egipcio,
y el quetzal guatemalteco,
y el faisán de la cresta de oro
de los poemas chinos,
y el pájaro del dulce encanto
de los cuentos que cuentan las sirvientas
para dormir a los niños.
Su voz es la voz de la alondra de Shelley
y de la alondra de Wordsworth
y de la alondra de Shakespeare que canta
a las puertas del cielo a la alborada.
Su voz transportó a Keats
y le arrancó lágrimas a Safo.
Cuando se pierde en la neblina
gritan los albatros
de Baudelaire y Coleridge.
De ella aprendieron la gracia de sus vuelos
los pájaros de las islas
que asombraron a Darío.
Por ella son morenas y rosadas
las garzas de los esteros y los lagos
de Honduras y Nicaragua.
Por ella son perfectos
los huevos y los nidos y las alas.
¡Y por ella es una paloma el Paracleto!»

—«Es una mujer bella
y más que bella, fuerte:
de mucho juicio,
de mucha ciencia,
como la maestra de Sócrates.
La sutileza de sus dedos es tal
que dividen los colores del sol
o recogen los esparcidos rayos de una estrella
lo mismo que un cristal».

—«Ella cortó la fruta prohibida
y al hombre que lloraba
le dijo:
«En resumidas cuentas, si me tienes,
mira, ¡nada has perdido!»

—«Y después supo ser
la Madre de Dios mismo:
Del seno de la paz de las naciones
nació el Cristo».

—«Es una mujer bella
y más que bella, mala:
¡Ella es Lilith la traicionera!
Sobre una roca blanca,
en un bosque encantado,
la bruja de los cabellos de oro
pasa el día peinándose.
De noche,
el brillo de sus ojos
enciende la furia de las bestias
y alumbra el sendero de los lobos.
Ella es la madre de la Pereza
y de los delirios lujuriosos.
Brotó bastarda del huevo de Leda:
Ella es Helena infiel,
y Clitemnestra asesina y adúltera.
Ella es la madre de la Avaricia.
Ella es la que estanca las conciencias
y de las conciencias estancadas
nace como un reptil la Cobardía.
Ella es Circe.
Ella es la Sirena.
Hace a los hombres cerdos,
o por seguir su canto los destruye.
Su otro nombre es Engaño.
El espejo que empuña
sólo refleja hipocresías.
De su vientre nació la Diplomacia.
Ella es la madre del Patriotismo falso.
Eructo de su boca es el Gas asfixiante,
y todos los horrores de la Guerra
ella los incubó:
son cosechas de su siembra,
¡oh sembradora fatal como Medea!

(Del tomo *El Soldado Desconocido*. México, D. F. 1922).

LIBROS Y REVISTAS

EL SOLDADO DESCONOCIDO. Poema de SALOMÓN DE LA SELVA. «Cultura».—México 1922. pp. 150.

LAS primeras lecturas que realicé en este libro fueron desconcertantes. Acostumbrado a leer versos dentro del plano de una normalidad cómoda a los sentidos de emoción y reflexión del espíritu, el desconcierto no me dejó margen para que el sentido crítico constituyera sólidamente la directa apreciación de sus bellezas. Mucho tiempo permanecí sin saber a pie firme qué debía pensar del libro y pude notar que las diversas opiniones sobre él eran arbitrarias e inseguras, a consecuencia de su evidente extrañeza e inconformidad con las manifestaciones normales de la poesía castellana. Poco tiempo después, en virtud de un proceso sedimentario del espíritu, las ideas buscaron sus propios lugares y lograron armonizarse de un modo más serio, más justo, más continuo. Y entonces comprendí que los defectos sospechados en sus páginas eran defectos del medio, dentro del cual Salomón de la Selva no había pulsado el cordaje de oro de su lira. Era producto de un medio inglés, de un medio norteamericano, de un medio extranjero y, por lo tanto, habría de esperarse algo nuevo del autor, en regiones de habla española. Pero tampoco recordaba yo haber leído nada idéntico, en su manera, a tal poesía, en las traducciones de poetas ingleses

de mi conocimiento. Y hube de comprender, entonces, que si el medio en que se desenvolvió su numen era inglés, en cambio sus tres sangres de origen eran la hispana, la inglesa y la india, fuera de que su posesión del habla española habría de influir poderosamente en su cultura inglesa. Y entendí que se trataba de una mezcolanza abigarrada de razas y de lenguas, personalizada en un estro vigoroso en extremo, del cual no se podía esperar sino una comprensión inaudita de la belleza. El caso es éste, y, en verdad, puede afirmarse que es capaz de subyugar a cualquier crítico inclinado a sorprender las manifestaciones inauditas de las inteligencias superiores y, de modo particularísimo, a quienes, como yo, no se conforman con los datos de una impresionalidad más o menos simpática, si no es objeto de un concienzudo e inmediato análisis filosófico.

El caso es éste, repito, y, como tal, lo presento en estos párrafos.

* *

En lo que se refiere a la medida de los versos está por demás decir que es un valeroso modernista, y, con ello, está dicho todo. Mas, en cambio, importa expresar algunas ideas en lo concerniente a la poesía propiamente dicha del libro. *El Soldado Desconocido* es una relación psicológica de la vida de los anónimos soldados de la guerra, una relación hecha con la más cruda realidad, con la más violenta percepción de la naturaleza y de los hombres que luchan en ella, sin saber con quiénes, y sin saber por qué, sin saber nada de los motivos internacionales del desastre. Por lo mismo no se conoce en qué punto, a veces, deja de ser poesía, para convertirse en sátira profunda, o en qué momento deja de ser sátira corrosiva para tornarse en melodiosa protesta o en marcha explosiva de ritmos alados, o en desfile de reflexiones filosóficas vestidas de sobrias y lucientes metáforas. Es un libro de emociones extrañas y de actitudes psicológicas extrañas, en que campean el desenfado, la inteligencia, la originalidad y la gracia del buen decir, a la par del concepto vigoroso y la emoción sostenida. Un libro fuerte y determinado, en suma.

* *

Pero no es esto sólo lo que me ha alegrado en la comprensión del poeta de la Selva. Ocurre, precisamente, que el libro llega a nuestra América cuando sus poetas necesitan adiestrarse en el manejo de nuevos ritmos interiores y nuevas formas de emoción y de lenguaje, con propósito de independizarse de añejas costumbres importadas de Europa, o de falsas actitudes americanizadas a fuerza de la afectación e insinceridad de nuestras caducas academias. Llega como un mensaje de independencia a un campo de liberaciones en que se esperan las primeras rebeldías para conquistar las primeras victorias. Y es por ello que el libro debiera extenderse, con la mayor amplitud posible, en todos los rumbos de nuestras tierras vírgenes.

M. Vincenzi

(Envío del autor. Escasú. Costa Rica).

Lea el Repertorio y recomiéndelo a sus amigos.

Imprenta y Librería Alsina.—San José de Costa Rica